

LA CASA DE LOS FANTASMAS

Por **Georgia Green**

LOS niños se sentaron en los escalones de adelante tratando de pensar en algo interesante que hacer. Era un caluroso día de verano y a nadie se le ocurría ninguna idea.

-¡Vayamos a visitar la casa embrujada! - sugirió Jaime después de una larga pausa.

Los niños se miraron en silencio. Esa sugestión había sido hecha muchas veces antes, pero nadie había tenido el valor de llevarla a cabo.

Lentamente, Enrique se puso de pie.

-Muy bien -dijo-. Vayamos. Nadie lo sabrá.

Y salió adelante, y los demás lo siguieron.

La casa estaba situada al extremo de un largo camino. Detrás de la casa se extendía un bosque tupido, y a ambos lados había baldíos. Los chicos sabían que nadie había vivido en la casa desde hacía muchos años. Ninguno de ellos había visto a nadie que fuera a la casa o que saliera de ella. Muchas personas decían que era una casa encantada; pero hasta el momento, los chicos nunca se habían atrevido a investigar cómo era.

Los tres muchachos y las dos chicas caminaban trabajosamente por el camino de tierra. A medida que se acercaban al camino asfaltado que pasaba frente a la casa, hablaban excitados acerca de todos los objetos misteriosos que podrían encontrar en la casa.

-¡Supongamos que esté realmente embrujada! -exclamó Patricia-. ¡Supongamos que encontremos un fantasma!

-¡Oh! -exclamó Bety, la menor-. Yo no me dejaré agarrar por ningún fantasma.

Y volviéndose salió corriendo de regreso a su casa.

Déjenla que se vaya -dijo un poco contrariado Enrique-. De todas maneras, probablemente sería un estorbo. Sigamos, porque casi hemos llegado.

Pronto llegaron al final del camino; allí estaba la casa. La pintura grisácea y sucia se estaba descascarando en muchos lugares y los vidrios de las ventanas tenían tanto polvo que casi no se podía ver nada al través. Ni en la casa ni en sus alrededores había señal de vida.

-¡Pero, miren! -susurró Patricia muy excitada-. En las ventanas hay cortinas. Tal vez alguien vive allí. Mejor que no entremos.

-Ahí está, habla como una chica -se mofó Jaime-. Miedosa de cualquier cosa. Quizás debieras haber vuelto a casa con Bety.

-¡Yo no tengo miedo! -afirmó Patricia levantando la cabeza, y lentamente fue acercándose a la puerta. Estaba cerrada con llave. Probaron la puerta de atrás, y también estaba con llave. Luego probaron las



ventanas, pero no pudieron encontrar ninguna abierta.

-Supongo que no podremos entrar -dijo Patricia un tanto esperanzada. Se dirigieron de nuevo a la puerta del frente. En eso Donaldó vio una pila de ladrillos.

-Tengo una idea -susurró-. Tiremos uno de esos ladrillos a una de las ventanas y entremos por el vidrio roto.

Al principio los otros vacilaron.

-En realidad no debíamos destruir una propiedad -dijo Enrique indeciso-. Pero parece que no hay otra forma de entrar.

De manera que, de común acuerdo, se dirigieron a la pila de ladrillos. Donaldó seleccionó uno de los ladrillos y lo tiró a la ventana. Enrique se acercó y fue sacando cuidadosamente los pedazos de vidrio hasta que el boquete quedó limpio.

-¡Listo! -anunció. Ayudemos a Patricia para que entre primero y después nosotros la seguimos.

-¡No! -dijo Patricia firmemente-. Que entre uno de Uds. primero. Yo no quiero ser la primera.

Jaime se ofreció, y los otros lo siguieron silenciosa y cuidadosamente. El interior de la casa estaba más sucio que el exterior. Todo aparecía cubierto por una espesa capa de polvo. Los muebles eran viejos y raídos, y los resortes asomaban por la andrajosa tapicería de las sillas.

Los niños recorrieron las piezas de puntillas, siempre con el temor de que hubiera alguien en la casa. Pero todo era silencio allí, a excepción de las tablas de los pisos viejos de madera que crujían, bajo sus pies.

Habiendo comprobado que la casa estaba vacía, Jaime comenzó a registrar los cajones de la mesa vieja de la biblioteca. Estaban llenos de recetas antiguas y de otros papeles que el tiempo había vuelto amarillentos. Al no encontrar nada de interés, se dirigió al clóset que estaba en el vestíbulo, pero allí sólo encontró colgada una chaqueta vieja y andrajosa.

-Jaime, ven aquí con nosotros -lo llamaron Enrique y Donaldó desde arriba-. ¡El armario está lleno de armas de fuego!

Jaime subió apresuradamente por la escalera y se unió a los que estaban revisando las hileras de armas alineadas contra la pared. Había de varios tamaños y clases, pero todas estaban viejas y herrumbradas. Los muchachos estaban fascinados con las armas, pero a Patricia no le interesaron en absoluto y bajó por la escalera para ir a la cocina. Allí, en un extremo de la habitación, había una antigua estufa a carbón y al lado, se encontraba una heladera de madera, de las que se usaban con hielo. Al otro lado de la habitación había una mesa y tres sillas. Al entrar en un cuartito que daba a la cocina, Patricia encontró una pileta grande que tenía una bomba en un extremo. La probó varias veces, pero todo lo que consiguió de la vieja bomba herrumbrada fue una tos seca y ronca.

-¡Qué tontos fuimos al pensar que esta casa estaba embrujada! -pensó Patricia-. No es más que una casa vieja que nadie habita.

Acercándose a la ventana, sacó con la mano un poco del polvo que había sobre el vidrio. Lo que vio afuera la dejó congelada. En la calzada para coches estaba entrando en ese momento un viejo camión de acarrear madera. De él salió un hombre que se dirigió a la casa. Usaba pantalones grises desteñidos y una sucia camisa azul. Un sombrero viejo casi le cubría la cara.

- ¡Jaime! ¡Enrique! ¡Tomás! -gritó Patricia-. ¡Llega alguien! ¡Salgamos de aquí! ¡Apúrense!

Patricia corrió hacia la ventana abierta, saltó afuera y huyó hacia los bosques. Los muchachos bajaron

volando por las escaleras y quisieron seguirla, pero no fueron bastante rápidos. Jaime aún no había saltado por la ventana cuando se abrió la puerta. El hombre entró corriendo a la habitación y lo agarró por el cuello.

-¿Qué estás haciendo aquí? -gruñó. Jaime trató de explicarle que ellos pensaban que en la casa no vivía nadie, pero el hombre no escuchó ninguna excusa. Le preguntó a Jaime dónde vivía y luego lo condujo apresuradamente hasta el camión y lo llevó a la casa. Allí el hombre contó la historia a la madre de Jaime en presencia del atemorizado muchacho.

-Siento que haya ocurrido esto, señor, -dijo la mamá-. Puedo asegurarle que los niños serán castigados. Naturalmente, pagaremos por la ventana.

-Eso no será necesario -dijo el hombre muy enojado-. Pero no quiero que entren en mi propiedad.

Y volviéndose se dirigió a su camión. Cuando los demás regresaron a la casa, la mamá los llamó adentro, y les habló de la propiedad ajena.

-Nunca, nunca violen la propiedad ajena -les advirtió-. ¡Es contra la ley y puede ser muy peligroso!

La próxima vez que los niños sintieron deseos de explorar -aun cuando sólo era una pila de leña- recordaron el consejo de su madre y primero obtuvieron permiso del dueño. Descubrieron que es mucho mejor hacer las cosas en regla y que es también más seguro.